
Oficio de escribir

Hoy, el 98

Francisco Cárcelos

Miembro del Instituto E. Mounier.

*Por la manchega llanura
se vuelve a ver la figura
de Don Quijote pasar.*

L. Felipe

Hoy me he encontrado penando por las desgracias de mis abuelos, las de los milicianos allá tirados al monte, en la guerra del millón de caídos, y quién sabe de cuántos deportados, las penas sin pan, la sangre corriendo, las balas y la metralla de verdad cayendo sobre las calles, las escuelas, sobre las aceras que hoy piso y los parques por donde paseo, el estraperlo, las cortezas de patata, las algarrobos, la mala dieta, y la mala leche que encendió la mecha en una conspiración que se fue de las manos, espiral de violencia, de saqueos, el paseillo, los fusiles, los asesinatos, y los mitos —nuestros héroes.

Hoy peno por los desaparecidos, la suerte de los diseminados, los del exilio, los enmudecidos, los que perdieron la memoria, la de nuestros padres yunteros —toda una vida de servicio a pan y circo que callaron, esa inmensa muchedumbre embrasada.

Aún hoy hay cicatrices, como hay anticuerpos, aunque no somos ya hijos de la ira, la inmigración nos arrebató del terruño de la huerta; y qué somos hoy sino apátridas urbanitas sin procedencia, ni la costumbre de los apellidos; dónde están hoy los que conversaban despacio, los que hablaban de las mulas, fumaban de petaca, los que recogían caracoles a las seis de la mañana, los albaricoques, dónde los amores de los huertanos que se introducían en las alcobas de las mozas, el olor y la piel de los melocotones, el azahar y los limoneros, la siega del trigo, y la vendimia de septiembre,

el sudor y los dolores, dónde queda la costumbre, y dónde los sueños del sur, la utopía de los pobres, la de los que el hambre y la fiebre hacía libres, los que no relativizaban al sentarse en butacas y mesas de palo, los que comían juntos si había, y los que compartían techo para dormir donde hiciera falta; dónde queda hoy la dignidad y quién le puso precio, inventó los tractores, la máquina de recolectar, quién inventó el Plan Badajoz, inauguró pantanos, fabricó turbinas, puentes, acequias, quién nos dió vacaciones y poder adquisitivo, quién asesinó a la revolución y con ella, y por qué se equivocaron en nombre de la Utopía los que con ella triunfaron, los que ahora aprovechan para vender motos anunciando su muerte; quién se ha inventado el fin de la historia,

quién vende la sangre embotellada,
elimina nuestros derechos,
aisla e intimida intimidades,
y ha perdido la razón y la memoria.

Hoy vale lo que se vende, se anuncia y se emite según la audiencia, hoy se legisla y se consideran las mayorías, hoy se hace sólo y únicamente si conviene el resultado, pero dónde quedan nuestras necesidades, y las personas, quién inventó los autobuses sin puerta en el medio, quién puso esas interminables escaleras en el metro sin pensar en los viejos, y por qué a veces las obras son perpetuas —que cuando se acaba una, ya tenemos otra—,

por qué en mi barrio se arrancan los árboles para dar sitio
a los coches,
por qué los jóvenes vomitan alcohol los fines de semana,
por qué nuestros mayores les lavan las aceras,
hay crisis de instituciones, de valores y menos honestidades,
por qué hay un auge de la violencia,
hay quien hace negocio suba o baje la bolsa,
y más se comercia con lo que destruye,
y qué es lo que se anuncia, que a la postre sirve de modelo,
lo que toleramos digieran nuestros menores,
lo que más nos mueve y hoy nos interesa.

Esto no vale el sudor,
ni lo vale el hambre de nuestros abuelos,
los que sufrieron penas de cárcel,
los que no tuvieron remedio y se fueron,
y no os olvidéis de los topos —hay que recordarlo todo—;
pero hoy, qué cantan hoy los poetas andaluces, los
cantautores,
y qué producen las casas discográficas, las editoriales,
la industria del cine y de intimidades,
cuando requieren tres escenas de crimen,
dos eróticas, una de sexo suave y otra del duro,
por cincuenta páginas, trece canciones
y diez fotografías, para una exclusiva de alguien.

Ahora tenemos mejor tecnología, tenemos ordenadores,
pero quién corre por los barrios, juega a las canicas, al
correcalles,
quién juega al escondite, y dónde están los niños de mi patio,
por qué cada vez tenemos más canales por satélite,
y saludamos menos a nuestros vecinos,
por qué ya no hay asambleas, ni tañen las campanas,
ni viene el afilador los domingos por la mañana,
ni me despiertan las gentes tocando villancicos a mi ventana,
y cómo es que haya quien abre los domingos un algo con
luces
para niños, y cambia las fechas de nuestras tradiciones,
nos hace que vayamos —como al templo—, inaugura
nuestra ansiedad y —modernizados— nos deja con el cáncer.

Pero quién alza la voz,
quién quiere cambiar algo y se arremanga los brazos,
quién se atreve y pone una piedra,
quién pierde el miedo,
quién se deja de razones imposibles

para hacer una cosa,

quién se atreve,
quién se hace voluntario,
quién se apunta para empezar de nuevo,
quién vocea conmigo

para decir que no somos consumidores,
ni números, ni aficionados,

que no somos el público, ni clientes,
que no somos votantes.

El mal quién sabe dónde está, y quienes tienen la culpa,
aunque es fácil adivinar al que miente y lo encarna,
pero los que tenemos los brazos cruzados,
los que *asesinamos a Dios*, o anunciamos la muerte
de los héroes, o la de los profetas, nosotros
somos cómplices del hambre de fuera,
de la indigencia de dentro,
de la soledad de los cibernautas,
que no nos acerca,
y hace mucho más posible lo que parece pero no es,
que consume todas nuestras horas,
nos engancha como la heroína y nos aleja de los que nos
rodean,
que crea la ilusión del poder, pero nos enumera y cataloga
como si de un dígito, en nueva especie biológica.

Y quién es el otro,
cuántas veces le miramos a la cara,
nos preocupamos de sus problemas o de sus miedos,
reconocemos que tiene necesidades, le ignoramos,
quién es ese que nos rodea,
el que que no tiene colores, ni adjetivos,
el invisible, el innombrable, pero el que nos roza,
el vecino de enfrente, al que con demasiada frecuencia
etiquetamos, y le ponemos mote, quién es;
cuántas veces te lo has preguntado, cuántas veces has visto
que ese a quien miras no tiene talla, aunque mida,
que no es algo que te pruebes, ni que se gaste
—el amor no tiene precio—,
que siente y padece, que tiene rostro, y vida propia,
que cuando la empezó en su infancia,
aunque no lo hiciera solo —desde sí— ya buscaba su meta,
que no es nada para ti, ninguna luz, ninguna ilusión,
ningún salvavidas, sino el ingrátido, aunque con mirada,
con el que, cuando acontece, compartes, te encuentras y
entrambas.

